

Carlo Michelstaedter: el desierto polímorfo o la
maquinaria serial

Carlo Michelstaedter: the polymorphous desert
or the serial machinery

Juan Iturraspe Staps

Universidad Nacional de Educación a Distancia

RESUMEN

En este artículo será de Carlo Michelstaedter de quien comentaremos su vida, sus relaciones y tribulaciones epocales, a la par que el reflejo de las mismas en sus obras prestando especial atención a su obra magna, *La persuasión y la retórica*, ambos conceptos que serán explorados desde las resonancias que hemos convenido sugerentes y amplificantes, sin descuidar la importancia doxográfica que este autor porta en su escritura, y cuya influencia ha dado como resultado no solo bellos y profundos escritos, sino además, toda una filosofía práctica y política muy avanzada para su tiempo.

Palabras clave: psicología, política, ética, poética, verdad, mentira.

ABSTRACT

In this article, it will be from Carlo Michelstaedter who we will comment on his life, his relationships and epochal tribulations, as well as the reflection of them in his works, paying special attention to his magnum opus, *Persuasion and Rhetoric*, both concepts that will be explored from the resonances that we have agreed suggestive and amplifying without neglecting the doxographic importance that this author carries in his writing and whose influence has resulted not only in beautiful and profound writings but also in a practical and political philosophy very advanced for his time.

Keywords: psychology, politics, ethics, poetics, truth, lie.

Introducción y vida de Carlo Michelstaedter



e escucha el resquemor de una conciencia elevada, los tormentos de un alma bella y joven que tiñe los horrores del mundo con una figura que, lamentablemente, aunque secularizada de toda maldad y plena en amor y comprensión, constituye una nube de gas lacrimógeno.

Carlo Raimondo Michelstaedter, nacido en el seno de una familia judía en la ciudad italiana Gorizia, que por aquel 1878 formaba parte del Imperio austrohúngaro, creció sin muchas preocupaciones monetarias y envuelto por un potente ambiente intelectual. Su padre, Alberto Michelstaedter, como señala Mimmo Cangiano (2019, pp. 9-13), fue una gran influencia para él, aunque será disgregar de su postura lo que le permitirá optar por una visión de gravedad ontológica en el campo político. Volveremos sobre este punto más adelante.

Los hermanos de Carlo, debido a las fuertes tensiones bélicas de finales de siglo en el territorio, se vieron forzados a exiliarse huyendo a distintas locaciones. Su hermano mayor, Gino Jehuda Elish Michelstaedter, se trasladó a Nueva York, como otros tantos, buscando una mejor vida. Lamentablemente, perteneció a las estadísticas de aquellos que no consiguieron adaptarse a las circunstancias y, en 1909, se suicidó. Sus hermanas, Elda Tova Rachel Morpurgo y Paula Michelstaeder, tuvieron otra historia. La primera de ellas fue deportada a Auschwitz junto con su madre, mientras que Paula pudo huir a Suiza.

Sus progenitores, Abraham Alberto Michelstaedter y Emma Ester Lea Luzzato, provenían de familias con un fuerte vínculo con la intelectualidad de mediados del siglo XIX. Alberto, nacido en Alemania, participativo en los debates intelectuales de su entorno, trabajó como corredor en bolsa hasta el 1900, cuando se decantó por la profesión de agente de seguros en una casa de cambios. Además de cultivar en su hogar una atmósfera liberal junto con Emma, participaba en reuniones sindicales en las que reforzaba ideas sobre la importancia de la falsedad o la ilusión en política como forma primordial para la mejora y progreso de la civilización. Ideas, como ya veremos más adelante, de las que Carlo disientía. Emma Luzzato, por otro lado, le aportó a Carlo los vínculos con el judaísmo puesto que ésta era descendiente de los fundadores del Instituto Rabino de Padua, Samuel David Luzzato e Isacco Samuel Reggio.

Carlo Michelstaedter, a lo largo de sus estancias más allá de su ciudad natal como en la Universidad de Viena, donde estudió matemáticas hasta el 1905, año en el que decidió entrar a humanidades en la Universidad de Florencia, tuvo contacto con filósofos del calibre

de Schopenhauer, Nietzsche o Ibsen, quien fue profesor suyo, pero, por su parte, él tendía a ir por libre. Es por ello por lo que, a pesar de haber bastantes publicaciones suyas en revistas de la época como *Leonardo*, llevada por Giovanni Papini, profesor suyo, y en la que se publicaban escritos de Ernst Mach, Friedrich Nietzsche, Henry Bergson, William James, o *La Voce*, esta más de carácter político, dirigida por Giuseppe Prezzo, que, aunque publicase eventualmente, no fueron objeto de su interés participativo.

Su espíritu libre, de poeta, artista y filósofo, se vio acompañado por dos buenos amigos suyos desde el liceo, Nino Paternolli y Enrico Mruele. El primero fue quien le ofreció un desván de su propiedad a Carlo para que compusiese su obra magna, *La retórica y la persuasión*. Enrico, por su parte, tal y como cuenta en su *Tagebuch*, se dedicó a viajar por Argentina y Croacia, en busca de una vida de aventuras.

Como ya mencioné, Carlo Michelstaedter no solo tuvo alguna que otra publicación en revistas, sino que además compuso varios escritos, entre ellos el ya mencionado *La persuasión y la retórica* y un diálogo influenciado por los escritos de Platón bajo el nombre de *El diálogo de la salud*. Posteriormente, tenemos una recopilación hecha por la editorial Sexto Piso de varios escritos de Carlo con el nombre *La melodía de un joven divino*, en la que se perfila un carácter combativo desde la figura del persuadido contra las tentaculares fuerzas de la retórica, apostando en estos textos por la vida en sí, una suerte de inmanencia trascendental en la que la poética abre el camino para construir nuevas formas de habitar la tierra entre hermanos y hermanas. Tenemos también un rejunte de notas que compuso en 1909 al volver a Gorizia, donde prepararía su tesis *di laurea*, en el que explora textos de filósofos presocráticos con los que medita y reflexiona ante un sentimiento de pesadumbre. El libro en cuestión solo lo hallamos en italiano, intitulado *Parmenide ed Eraclito. Empedocle*. Aun así, el libro de referencia que tenemos actualmente es una recopilación no solo de su poesía y sus escritos principales, sino de una vasta cantidad de escritos cortos en los que podemos palpar las tribulaciones y tendencias de Michelstaedter. Dicho libro, compuesto por casi mil páginas, unificado por Gaetano Chivacci y publicado por las editoriales Sansoni y Firenze, lleva por título *Opere* y cual fue puesto en circulación el 30 de abril de 1958.

Los que conocen la trágica historia de Carlo Michelstaedter sabrán que, tras esta inmensa producción de escritos, el 17 de octubre de 1910, a los 23 años, el joven divino se pegó un tiro en el desván que su amigo Nino le prestó tras haber entregado su tesis *di laurea*.

En nuestros días la figura del filósofo de Gorizia ha sido trabajada por varios investigadores, doctores y catedráticos de universidades italianas, como el ya mencionado Mimmo Cangiano, aunque encontramos otros nombres como Massimo Cacciari, Claudio Magris o Paolo Magris, los cuales a modo de epílogo de la traducción de *La persuasión y la retórica* publicada por Sexto Piso, ilustran con gran profundidad en breves páginas las líneas duras del pensamiento del autor y una ligera pero concisa presentación a cargo de Miguel Morey, quien no duda de la influencia que tuvo para este Friedrich Nietzsche. También, hallamos una fuerte participación y trabajo sobre los textos del poeta en la Universidad de Toronto, mediante la cual fue publicado en 2019 el libro *The Wreckage of Philosophy. Carlo Michelstaedter and the limits of bourgeois thought*, escrito por el ya mencionado Mimmo Cangiano, el cual fue motivado a componer semejante obra, de gran calibre, por Fredric Jameson. Asimismo, los aportes y recopilaciones que Sergio Campailla ha realizado de la obra del filósofo italiano en la editorial Adelphi han sido textos de referencia, además, en sus apariciones públicas ha difundido las enseñanzas de Michelstaedter tanto en el territorio europeo como internacional.

Pensamiento y obturaciones

Tras habernos empapado de *La persuasión y la retórica* y *Diálogos de la salud* y haber accedido a varios estudios en referencia a su obra y pensamiento, no hemos podido evitar sacar conclusiones contradictorias que, puestas en práctica, nos llevan a ciertas consideraciones sobre su suicidio¹.

Como ya contamos en la sección anterior, Carlo Michelstaedter se pegó un tiro en un desván tras entregar su tesis *di laurea*, *La persuasión y la retórica*. La confusión, que compartimos con la mayoría de los estudiosos de su figura, no solo nos dejó perplejos cuando escuchamos su historia, sino que nos hizo preguntarnos, ¿por qué alguien se pegaría un tiro después de cumplir con la institución académica?

El caso es que, una vez tomada esta crónica, nos interesamos por el autor a raíz de una conversación que mantuvimos con el director de esta revista, José Carlos Ibarra Cuchillo, en referencia al estilo de la escritura y las distintas posibilidades pragmáticas que se deducen de esta labor narrativa. Por aquel entonces nos encontrábamos enfrascados en la lectura de los escritos de Tiqqun, el Partido Imaginario y el Comité Invisible, los cuales ocuparon nuestra conciencia durante todo el periodo que duró la composición de la tesis

¹ Del mismo modo que Paolo Magris, cuando lee su obra magna, *La persuasión y la retórica*, lo hace «a la luz de suicidio» (Michelstaedter, 2014, p. 197).

doctoral. Carlo Michelstaedter se había quedado en la recámara de nuestra conciencia y eventualmente aparecían las ganas de leerlo.

Fue así como al principio del final de nuestra labor como doctor pudimos despegarnos de aquellas lecturas y adentrarnos en el filósofo de Gorizia.

Lo que hallamos en sendos textos, ambos prestados por José Carlos, no fue solo una afinidad con el artífice, sino la experiencia de leer al mismo a la sombra de su suicidio. Inevitablemente nos zambullimos en la conciencia de un joven intelectual de 23 años cuya sabiduría esparcida por doquier en el texto se trababa con una trampa mortal.

Si uno lee *Los Diálogos de la Salud*, verá que el suicidio está visto allí como algo de espíritus pobres, nada que ver con las tendencias spinozistas con las que Carlo defiende la vida, para «continuar», como suele decir en varios escritos. Así, lo que resta a continuación es un humilde comentario a esta paradójica cuestión, que atraviesa su obra magna, donde queda manifiesta la maduración de su pensamiento. Ciertamente es, y somos conscientes de ello, el extenso y profundo tratamiento que han tenido los escritos del autor, como ya señalamos previamente, pero consideramos que, por continuar con la potencia del espíritu de Carlo Michelstaedter, ofreceremos a continuación notas a pie de página a modo introductorio en las que manifestaremos ciertos matices que hallamos interesantes en estas hojas, teniendo como guías dos conceptos fundamentales como son la *retórica* y la *persuasión*.

La Retórica

A pesar de que el escrito comience por describir la persuasión, consideramos pertinente empezar definiendo las distintas líneas que se desprenden del concepto de retórica. Antes de proseguir, nos gustaría aclarar que ambos conceptos han sido comprendidos como puntos cartográficos. Dicho con otras palabras, ambos conceptos señalan distintos niveles, esferas, atmósferas incluso, en los que se desarrolla la experiencia humana. La distinción entre uno y otro radica principalmente, a nuestro entender, en la autenticidad o inautenticidad de la misma, no comprendidos estos como extremos sino como tendencias del espíritu. En cierto modo, podríamos señalar que esta diferencia no solo la hallamos en Heidegger cuando habla de la autenticidad, en Nietzsche cuando presenta al superhombre, Zarathustra, en Sartre cuando desbroza la cotidianidad y señala la mala fe y la ilusoria e imposible buena fe ni en esa suerte de infrahombre indicada por Bataille vemos que lo curioso del caso de Michelstaedter es que, a pesar de poner en un lado de la balanza los perjuicios de la ideología burguesa, de la cual emana todo tipo de procesos retóricos, como veremos a continuación, indica que está en la naturaleza del

hombre dirigirse a esos lugares. Por lo tanto, hay en Michelstaedter una apreciación particular del sufrimiento de aquellos que han puesto entre paréntesis la persuasión y han dedicado su vida a la retórica². Del mismo modo que los autores previamente mencionados, el pesimismo se palpa en las palabras de Carlo no por el uso corriente que se le da a la palabra «pesimismo», sino precisamente por la capacidad empática con la que transcribe los dolores de su tiempo y busca un modo por el cual reestablecer cierta gracia vital, reduciendo la presencia de los procesos retóricos y enaltecendo, como veremos en el siguiente capítulo, los modos de la persuasión.

Dicho esto, vayamos con el concepto de retórica, para lo que seguiremos su tesis *dí laurea*.

La retórica, como nos indica Michelstaedter en las primeras páginas en las que se adentra en este concepto, se nos presenta como un recurso tras el cansancio, el dolor, el aburrimiento, la angustia, etc. En sus palabras, «la voz del dolor es demasiado fuerte» (Michelstaedter, 2014, p. 97).

En la misma página señala que la retórica es ser para alguien o algo, una condición servil, suficiente, cuya actitud pueda repetirse y sostenerse en el tiempo. La potencia del mismo se ve restringida a las exigencias del otro al que se dirigen. Los juegos retóricos eluden el temor a la muerte y la voz de las necesidades, los afectos quedan tamizados según las demandas de aquel otro que con su gracia apaciguó el temor a la muerte. Este «ser absoluto» (Michelstaedter, 2014, p. 98) que es el retórico siempre está dividido, es cuerpo,

² El discurso sobre la autenticidad recogido y enaltecido por la ideología burguesa, cuya emulación puede verse diseminada por diversos autores y escritores, tiene un tratamiento distinto y convendría desambiguar. Por un lado, la autenticidad es comprendida como aquello cierto, un cierto esencialismo de la personalidad, un núcleo duro que comprende que yo soy yo. De aquí se extrapola el culto a la personalidad que vemos en la proliferación de narrativas adoptadas por el vacío signifiante del capital mediante procesos de creación publicitaria evocados a la mercadotecnia, lo cual llamaremos *Authenticity@*. Por otro lado, la percepción imposible del yo soy yo, aquella esfera de mármol maciza, pierde su fuerza al reconocer la ponzoñosa tarea que supone la lucha por la autenticidad. El reconocimiento de la naturaleza mimética de la humanidad, la tendencia a la reunión comunal entre otros vectores y flujos que nos atraviesan, ofrece una perspectiva radicalmente diferente que rompe la equivalencia de aquel yo soy yo introduciendo la incerteza, la vaguedad, el acto de fe, la apuesta, que supone sostener dicha afirmación. La comunicación con el otro, con el semejante, no sólo permite el reconocimiento de que todo acto comunicativo parte de una incomprensión primordial con aquel, sino con uno mismo. La dificultad constante que supone la asunción de certezas sobre sí convierte el acto comunicativo en el reconocimiento de una mutua incomprensión *qué se es*. Dicho con otras palabras y volviendo a la autenticidad, el reconocimiento se da en la imposibilidad de la autenticidad y lo que se haya podido hilvanar desde esa posición inestable, mutable y en constante devenir. Como veremos en la siguiente exposición sobre el concepto de la retórica de Carlo Michelstaedter, esta concepción última será la que se halla funcionando en el fondo.

materia, fenómeno y alma, forma, idea. No llega a ser Uno y finito, sino siempre con un pie en el más allá, fuera del tiempo³ y la necesidad.

Esta dualidad que es el ser absoluto, el retórico, taponada la posibilidad de la immanencia y la trascendencia, puesto que la dependencia con el otro le impide llegar a ser el que es y, al mismo tiempo, no puede superar a este otro, ya que lo necesita por las razones explicitadas en el párrafo anterior (temor a la muerte, afrontar la voz del dolor, la contingencia misma de la vida...). Es por ello que Michelstaedter dirá que este ser absoluto siempre sabe o busca saber con el fin de obtener el reconocimiento, el cual reafirmará su lugar como eterno. Cuando alguien dice que «sé qué soy» realmente está invocando al otro: «sabemos qué somos».

El no saber, la contingencia, la aleatoriedad, se presenta como un enemigo directo de este ser absoluto. «“Dios me ayude» -porque yo no tengo el valor de ayudarme a mí mismo”» (Michelstaedter, 2014, p. 102). Esta sed de saber es lo que caracteriza al retórico. El conocimiento, a diferencia de la sabiduría, se identifica como la creación de sistemas de nombres que refieren entre ellos, convenciones interaccionando, etc. «El sistema de los nombres recubre con espejos la habitación de la miseria individual, y mediante ellos una y mil veces, indefinidamente, la misma luz de las mismas cosas en infinitos modos es reflejada» (Michelstaedter, 2014, p. 104). A diferencia de este modo de proceder, dándose un sistema que sirva para todo, como una navaja suiza, que pueda repetirse su uso, y que siempre sepa o busque el modo de aplicarla e insista una y otra vez en cada nueva situación. Michelstaedter indica la vía de la persuasión como la introducción de la diferencia, la posibilidad de darse al encuentro con la finitud de lo que la situación tiene para ofrecernos y poder decidir si tomarla o no, cosa a la que el ser absoluto se resiste, ya que en cada nuevo evento se presenta otra oportunidad más para obtener el reconocimiento, la reafirmación de sí, por el otro⁴.

³ Como dirá Hamlet, «the time is *out of joint*» (Shakespeare, 1988, p. 35), indicando esta división subjetiva que el retórico insiste en disfrazar, esta temporalidad asincrónica que vemos entre el saber y la verdad, entre el ser y el no ser, entre el lenguaje y el afecto (o los efectos del lenguaje).

⁴ Dándole vueltas a esta parte hallo dos reflexiones que considero pertinentes. Por un lado, la cuestión de la reiterada visión de cada nueva situación como una oportunidad para poner en práctica no cierta improvisación, sino un ya conocido camino. Esto recuerda a la conducta del niño que crece: todo el tiempo readapta sus viejos recursos para lo nuevo. Así la noción de actualización que implica la introducción de cierta diferencia, se ve suplantada por la constante readaptación. Otro punto que me gustaría comentar aquí es la «ética del soltero» o la idea kantiana de la máxima a lo que apunta es a la puesta a prueba de la universalidad, de su aplicabilidad a toda situación. La libertad de este queda determinada por el grado de correspondencia con aquella. La ética del soltero, en un lenguaje más coloquial, se refiere a la misma idea: el objetivo del soltero es mostrar que su soledad es lo máspreciado puesto que sabe dónde se halla, tiene sus rutinas, sus hábitos, etc., y con ello no tiene por qué comprometerse o jugársela, etc. Este repliegue defensivo difumina una

El camino de la persuasión no es un recorrido en «autobús», no tiene semáforos, indicaciones que se puedan comunicar, estudiar, repetir. Por el contrario, cada uno tiene dentro de sí, la necesidad de encontrarlo y en su propio dolor la indicación, cada uno debe nuevamente abrir por sí mismo el camino, pues todo el mundo está solo y no puede esperar ayuda más que de sí mismo: el camino de la persuasión tiene solo esta advertencia: no te adaptes a la suficiencia de lo que te es dado (Michelstaedter, 2014, p.107).

La soledad a la que apunta Michelstaedter, la del persuadido, no se refiere al hermetismo o una conducta ermitaña, sino que, aun estando en compañía de los demás, el encuentro con el otro se ve atrofiado precisamente por la disposición de una serie de semáforos, indicaciones para comunicar, estudiar y repetir en cada nueva interacción⁵. No niega la soledad, sino que reafirma su condición a la especie a través de la particularidad del dolor (*ibid.*). Se trata, en cierto modo, de atentar contra la insaciable tendencia al conocimiento, habitar el no-saber y hacerse en él, traicionar la ligereza para obtener el peso propio del cuerpo, sabotear todo idealismo para que, en vez de sentir la pena por el fallo de adecuación del mismo a la realidad, el dolor provenga de la pérdida⁶.

El camino de la retórica supone pues sostener la vida acorde a cierto sistema de nombres, valores, etc., en el cual Uno se hace partícipe de la máxima bondad, la eternidad, y sus consecuentes placeres y penurias consabidas. Con ello se reduce la presencia del

realidad que acaece con el paso del tiempo que es la emergencia del temor a perder la libertad en relación con el otro, conservando así una libertad que, a fin de cuentas, no se usa, potencia que no se realiza, y que simplemente se aferra a una infinidad de posibilidades (por las dudas, por si me arrepiento, por si no sale como esperaba, etc.) que no llevan a ningún acto. Tanto la idea kantiana de la máxima como la ética del soltero conciben la libertad por y para el conocimiento (cómo hacer para conservarme, libertad condicionada a la universalidad, readaptación) y no para la sabiduría (cómo hacer con esto que soy, libertad condicionada a lo dado, actualización) (Lacan, 1993, p. 130).

⁵ «Todo lo que él [el indigente, el retórico] hace ahora conlleva, en comparación con sus acciones anteriores, el fingimiento, lo mismo que las anteriores conllevaban la distorsión. Copia la vida del hombre, pero la toma como una cosa buena y parece darse por satisfecho con ella. Ese enorme entramado y andamiaje de los conceptos al que de por vida se aferra el hombre indigente para salvarse, es solamente un armazón para el intelecto liberado y un juguete para sus más audaces obras de arte» (Nietzsche, 2015, p. 36).

⁶ En el ya mencionado transcrito de Lacan, *Televisión*, señala, próximo a lo citado que «el suicidio es el único acto que tiene éxito sin fracaso. Si nadie sabe nada él, es porque procede del prejuicio de no saber nada» (Lacan, 1993, p. 131). El peso del ideal, de dicho saber, halla su perfección en la erradicación misma del organismo y la entrada a lo absoluto del desconocimiento con la muerte. Esto también supone, y lo comenta en la misma página, una relación intrínseca con la cuestión de la espera. La espera se comprende como la apuesta constante del ideal, readaptándolo a cada nueva situación, *esperando que esta vez sí salga*. Pero nos encontramos nuevamente, y de esto ya habló Schopenhauer, con la caída, la oscilación propia del deseo y el placer. Esto recuerda a lo dicho por el psicoanalista francés en el *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, en el que plantea la disyuntiva entre la bolsa o la vida al ser asaltados por algún maleante, «si elijo la bolsa, pierdo ambas. Si elijo la vida, me queda la vida sin la bolsa, o sea, una vida cercenada [cuando se habla de esta vida cercenada] se trata de generar la primera alienación, esa alienación por la que el hombre emprende el camino hacia la esclavitud. ¡La libertad o la vida! Si elige la libertad, ¡pum! pierde ambas inmediatamente -si elige la vida, tiene una vida amputada de la libertad» (Lacan, 2010, p. 220).

desconocimiento y se objetiva el tránsito vital. Las necesidades quedan atravesadas por esta concatenación de saberes conectivos con el conjunto de la sociedad que «sabe» de estas y puede satisfacerlas. Así, este Uno se responsabiliza de sí con las herramientas de la época que le ha tocado vivir. Son esos saberes los que le permiten abandonar la contingencia y adentrarse en el mundo de la objetividad. En los tiempos de Michelstaedter estaba en vigor la potencia de la modernidad, la ciencia, etc., de ahí que nos mencione la retórica científica (Michelstaedter, 2014, p. 131).

La retórica científica no es más que la adopción de las características principales de la retórica al discurso científico: la eliminación de la contingencia y la suscripción al fin ideado para que este se normalice, regularice. En este caso, la ciencia usa un lenguaje técnico que vale para todos y cualquiera (Michelstaedter, 2014, p. 132). El retórico busca arreglárselas no arreglarse.⁷

Al igual que con la ciencia, Michelstaedter ve en el derecho, en los códigos constituyentes, los pactos sociales y sus obligaciones, la misma tendencia hacia la búsqueda del sentimiento de seguridad. «Su degeneración es llamada educación civil, su hambre es actividad para el progreso, su miedo es la moral, su violencia, su odio egoísta» (Michelstaedter, 2014, p. 142). La seguridad que se obtiene de estos discursos retóricos es la de asegurar-*SE* un futuro. Es decir, la ciencia y el derecho aseguran con su constancia, repetición, etc., la posibilidad de un futuro. Esta necesidad por *tener* un futuro, como señala Michelstaedter, hace del esclavo un prisionero en lugar de un hombre libre. El prisionero ya es futuro indeterminado y siempre por determinar. Lo que nos trata de comunicar Carlo es justamente un núcleo anárquico que está siempre presente, una plasticidad creativa que, si bien la vida puede objetivarse, no es más que algo rudimentario y aislado, ya que parte de la multiplicidad de la contingencia y retorna a ella.

Es por esta razón que dice cosas como por ejemplo que «todos los progresos de la sociedad son retrocesos del individuo [...] cada progreso de la técnica atonta una parte del cuerpo del hombre» (Michelstaedter, 2014, p. 151). Hay una potencialidad que no se lleva a acto. Más que «actos» lo que se ve son «actuaciones». Por eso, cuando Michelstaedter dice que «la sociedad elimina cualquier esfuerzo» (Michelstaedter, 2014, p. 152) se está refiriendo no solamente al progreso tecnológico⁸, sino que el ahínco, el afán,

⁷ «Cada uno puede dejar de girar en la esclavitud de lo que no conoce -, rechazando la oferta de palabras vacías, entablar un cuerpo a cuerpo con la vida» (Michelstaedter, 2014, p. 126).

⁸ Con respecto a la tecnología y el uso social de la misma Michelstaedter dirá algo semejante a lo mencionado por Walter Benjamin en *La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica*. En lugar del aura de la obra de arte, el filósofo italiano nos habla de la pérdida de las artesanías, las habilidades específicas a favor de

al rebufo del progreso de la sociedad, se readapta haciendo modificaciones en el sistema de nombres, palabras vacías, valores, etc., sin reparar en lo que interfiere constantemente en el cuerpo social: la vida.

Es por ello que estas formaciones retóricas, al apostar por la seguridad, trastocan la noción de responsabilidad, dando como resultado una cuya virtud depende de la adecuación al código (responsabilidad jurídica) o al método científico (coherencia teórica de la hipótesis). De esta conducta se espera, como hace todo retórico, dar ejemplo, ser un guía, ser reconocido como líder. Por el contrario, el persuadido hace, y es en su hacer, en su verdad, donde radica su ser como ejemplo. Es con su acto, sin buscar la desobediencia, pero hallándose en su lugar, con el que despliega una nueva forma de tomar los hechos.

Pero ¿desobediencia contra qué? Contra los lugares comunes que la sistematización de la retórica propaga por la textura social. Michelstaedter hablará de una «divina medianía» (Michelstaedter, 2014, p. 166) que permite a los hombres hablar, pero no decir nada, oír, pero no escuchar, practicar sexo, pero no entamar una intimidad erótica; conocidos, pero no amigos... Citando a la Electra de Sófocles, dirá: «todo te ha sido enseñado por aquella, y nada dices por ti misma» (*ibid.*). La vida aparece como problema, pero es con la misma voz oscura, temerosa de la muerte, sistemática, fría y calculadora con la que se la aborda. Lo que nos indica Michelstaedter es que paulatinamente hemos tomado la violencia, la contingencia, la aleatoriedad del mundo, como un problema cuya solución solo puede proceder de un aumento de procesos de sociabilización, es decir, de retórica, de conectividad universal necesariamente ubicada en una constante «minoría de edad» (Michelstaedter, 2014, p. 179).

La objetividad es un tema recurrente en esta segunda sección del libro. La retórica se encarga de preservarla, producirla y distribuirla por toda la cotidianidad. La objetividad se sostiene con la vacuidad de las palabras como 'progreso', 'civilización', 'avance tecnológico', etc., así, con un objetivo común, la objetividad no es más que una serie de aseveraciones que la sociedad se da para sí, solventando de este modo un problema fundamental con la violencia, la muerte y el desamparo del desconocimiento. De ahí que la retórica sea aquello que mantiene la ilusión de posesión; nosotros tenemos la objetividad de las ciencias, del código jurídico, del cálculo matemático, etc., por contra, el persuadido reconoce que toda creación o susodicha objetividad es provisoria y alienante. Dicho con

la industria, los hombres-masa, las fábricas y las maquinarias. También señala cómo los propios órganos del cuerpo se deterioran al trabajar desde el vacío (gimnasios, fábricas, etc.) y para el vacío (imágenes de hipereficiencia y estética canónica) (Michelstaedter, 2014, p. 154).

otras palabras, la perfección del retórico no es lo absoluto del persuadido. Mientras el retórico solo ve inadecuaciones al sistema, el persuadido reconoce en sí al otro, transita el dolor, el temor a la muerte, permitiéndole respetar en los otros aquello que estos no ponderan de sí mismos.

La Persuasión

Hemos dado alguna que otra pincelada sobre este concepto en el anterior punto. Era inevitable. Aun así, más allá de esos movimientos comparativos, en este apartado se darán algunas claves para intuir a lo que Michelstaedter se refiere cuando nos habla de la persuasión.

A lo largo de esta primera parte de su tesis Carlo nos habla sobre la satisfacción e insatisfacción del cuerpo. Es por ello que dirige su atención al movimiento oscilante del deseo. Lo interesante es que cuando habla de este se refiere a él no como un movimiento caótico de determinaciones que buscan su satisfacción, sino como un constante desequilibrio orgánico con el que se lidia. La satisfacción de una de estas determinaciones desiderativas supone, como señala, un índice o criterio que prevé las demás (Michelstaedter, 2014, p. 60). Como dirá, «el estómago no tiene hambre para sí, sino para el cuerpo" (*ibid.*). Dicho con otras palabras, el funcionamiento del deseo nunca llega a su plenitud sino más bien a una parcial y temporal satisfacción, aunque es al exceso, a lo absoluto, a lo que se tiende con cada objeto nuevo que brilla (*ibid.*). Lo displacentero es considerado por Michelstaedter como algo inútil, una desmedida cuya presencia para el persuadido no hace más que canalizar sus fuerzas en el plano de la retórica donde la totalidad, como ya vimos arriba, se ha podido objetivar y por ende alcanzar. Las brechas en lo imposible no son más que ilusiones que distancian la escucha del cuerpo y su finitud.

Esta cuestión de lo displacentero y lo placentero es vinculada por el autor con la cuestión del *sabor*. La etimología de esta palabra nos lleva a *sapere* o *sapienza*, al saber. Este saber, a diferencia del conocimiento que bien es articulado y consabido por el retórico, refiere a cierta cartografía de los placeres personales, a los que manifiestan la presencia de la persona. «Este *sabor* acompaña *cada acto de la vida orgánica*» (Michelstaedter, 2014, p. 62). Es decir, la búsqueda del placer y el repudio del displacer conforman la integridad de la vida orgánica. El problema radica, para Michelstaedter, en que, mientras el persuadido toma, como indicadores de sí, tanto el placer como el displacer como constitutivos de su organismo, el retórico, en su afán por sepultar el temor a la muerte, la carencia de propósito, su desnudez, se viste con el disfrute del reconocimiento y la vida social. Así, las

determinaciones desiderativas se hallan taponadas por todo un sistema de coordenadas universales civilizatorias. El deseo se duplica, se redobra generando un placer moral, por hacer el bien, por desear correctamente. Obviamente esto oculta, dificulta, la escucha del deseo, tarea a la que se encomienda el que busca la persuasión.

¿Qué escucha el persuadido que no el retórico? El persuadido contempla su deseo como aquello que se da en sí cuya tendencia constante entre el placer y no-placer (que no displacer) se explica por la participación de sí con lo absoluto. El encuentro con lo absoluto, podemos deducir de sus palabras, es la propia muerte: «quien ve a Dios muere» (Michelstaedter, 2014, p. 61). El retórico, por otro lado, ve en su deseo lo que le dicen que es: algo que ha de amoldarse al código civil, una serie de procesos químicos, cerebrales, etc. Aunque no solamente eso, sino también una creación sistemática con la que tapona la verdad inmanente del deseo: la muerte del mismo. Aquello que el retórico articule parte del temor a su desvanecimiento.⁹

Ante esta perspectiva el persuadido comprende que lo único que le quita la muerte es aquello que nació (Michelstaedter, 2014, p. 77). El presente, no le será arrebatado, es lo que resta de lo que ya está condenado en sí. Dirá Michelstaedter que la muerte «no le quita a uno más que lo que ya le tomó desde el día mismo de su nacimiento» (Michelstaedter, 2014, p. 77), lo que resta es la vida. «El hombre debe abrirse un camino para salir a la vida y no para moverse entre los otros, para atraer a los otros hacia él y no para solicitar los premios que están y no están en el camino de los hombres» (Michelstaedter, 2014, p. 81).

Pero ¿qué supone abrirse un camino para salir a la vida? El persuadido comprende las complicaciones de su deseo y cómo el anhelo, la previsión, la búsqueda de posesión del mismo, la seguridad objetiva sobre este, etc., tienen como resultado una reincidente impotencia que le separa con cada intento de la vida misma. Si vemos que Michelstaedter nos habla de «abrirse *un* camino» nos está indicando que hemos de creamos a nosotros mismos. Crearse significaría, para el filósofo italiano, darse valor individual (Michelstaedter, 2014, p. 79). Dicho con otras palabras, afirmarse «allí donde los demás son aniquilados por el misterio» (*ibid.*). Apaciguar la silueta paranoide de sí, dubitativa de lo que hay, de lo que se da, teniendo el valor de «arrancar *de sí* la trama de las dulces y queridas cosas que nos anima a ser de nuevo puestos en juego en el futuro, y pide *la posesión actual*» (*ibid.*). Crear

⁹ En psicoanálisis hay un término desarrollado por el neurólogo y psicoanalista Ernst Jones, biógrafo y colega de Sigmund Freud, llamado «afánisis», el cual se refiere al temor por parte del analizante de su deseo por la incidencia del complejo de castración y su aparición en la vida del mismo en su formación sexual desde *infans*. (Laplanche et al., 2004, p. 11).

supone, al mismo tiempo, creer en lo que se ha querido y, siguiendo a Michelstaedter, afirmarse en ello. El desplazamiento de estas creaciones/creencias implica la pérdida de sí en las tramadas realidades polivalentes que ofrecen los procesos retóricos, no como algo peyorativo, pero sí riesgoso para la potencia del persuadido puesto que puede caer en los dominios de lo mediatizado, sistemático, codificando, «territorializando», aquello inmanente, caótico y contingente de sí¹⁰.

Aún con todo, Michelstaedter reconoce que abrirse *un* camino supone darse a uno una serie de reglas, deberes. Ascende al final del capítulo una figura autocrática y autonómica, siguiendo una serie de sentencias que indican como listones en mitad del desierto una guía hacia la persuasión. El persuadido así se crea a sí mismo con aquello de sí y de los otros que no miente, que no es aparente: el dolor. La presencia del persuadido es aquella que *da* no como medio sino como fin en sí mismo. No espera nada a cambio, algo en retorno, compensación, retribución. El fin al que apunta es el mismo sufrimiento, la dureza de la vida. Tenerse implica estar en sintonía con la vida, de ahí uno puede hacer y con cada acto es. Dicho con otras palabras, dejar que el dolor hable en cada situación, afinar la percepción del mismo y con ello hacerse en el presente.

Donde para los demás hay oscuridad, para él hay luz, porque el círculo de su horizonte es más vasto -donde para los demás hay misterio e impotencia – él tiene la potencia y ve con claridad. Dado que tiene la honestidad de sentirse siempre insuficiente frente a la *infinita potestas*, se hace cada vez más suficiente frente a las cosas, *basta* cada vez más profundamente a la eterna deficiencia de las cosas. En él, casi como en un núcleo individual, las determinaciones se organizan de una manera más amplia y numerosa. En cada punto de la actualidad de su afirmación *se halla la cercanía de las cosas lejanas*. (Michelstaedter, 2014, p. 92)

La impotencia, el dolor, la cerrazón, etc., tiene dos soluciones para Michelstaedter: la retórica o la persuasión¹¹. O bien son indicadores de falta de adecuación a las formas de

¹⁰ No se trataría tanto de ser «fiel a uno mismo» o algo semejante sino, por otro lado, contribuir a la continuidad de la vida con aquello que soy y se da en mí. La continuidad de la vida no supone la evasión del dolor, de las penurias, etc., sino por el contrario asumir ello como consecuencia intrínseca del propio proceder del deseo y su imposibilidad. La continuidad de la vida supone la manutención de esta tendencia por volverlo a intentar. De ahí que pensar el futuro sea una tarea infructífera, ya que el propio deseo ya manifiesta una dirección y con ella una miopía. La fidelidad de uno pasa precisamente por reconocer que no se puede ser fiel a aquello que se presenta distorsionado, sino que este pacto se establece con lo definido que uno elabora de aquello caótico, un salto de fe, una apuesta. Ahí reside el valor individual: *uno se persuade de la propia creación de sí y la pone en funcionamiento*.

¹¹ Es interesante contrastar esta polarización electiva con la que propone Roland Barthes en *Fragmentos de un discurso amoroso*, en el que, citando al Werther de Goethe, señala cómo la diferencia del sujeto «sano», aquel que escoge entre una cosa o la otra —«Amas a Carlota: o bien tienes alguna esperanza y entonces actúas; o bien no tienes ninguna y entonces renuncias» (Barthes, 1993, p. 52)—, se contrapone a la del

producción retórica e integración social, o por otro lado manifiesta la necesidad de una actualización y asunción de que hay algo de la escucha (y por ende de la acción) que queda marginado o ensordecido.

Para cerrar el apartado y pasar a las conclusiones del presente artículo hay un último comentario con el que Michelstaedter cierra el capítulo sobre la persuasión. Tras reconocer que es desde el dolor, la penuria, la insatisfacción, el fracaso, donde se amplifica nuestra capacidad perceptiva de la existencia y lo que se da en ella, indica que no es sino mediante la puesta en movimiento de sí, de la apuesta en aquello que se crea/crea, ya que es mediante este gesto que el ser que uno es al hacer no desvela su verdadera naturaleza: el desierto¹². La figura del desierto, tal y como la presenta Michelstaedter, es la conclusión a la que se llega tras este movimiento. Hallamos no tanto un escenario de soledad, sino precisamente una «vertiginosa vastedad y profundidad de vida» (Michelstaedter, 2014, p. 93). El desierto en este caso no es tanto la constatación de una consecuencia más de la soledad en las sociedades modernas, en las que prolifera el individualismo liberal y la vida burguesa, donde la retórica se constituye como forma de vida fundamental y no accesorio, sino que es en el desierto y desde el mismo que se reconoce la condición universal que atraviesa a todo ser humano. La experiencia humana, al estar en contacto con esta realidad fundamental penosa, dolorosa y desilusionante, para Michelstaedter no es un plano que enquisce el propio movimiento de la vida, sino que da cabida a la unión con el otro como un igual que también ha tenido, está y estará lidiando con esta roca dura que es sí mismo. Así, Michelstaedter, afirmará que «*el dolor es alegría*» (*ibid.*), haciendo una relación de

enamorado Werther, quien actúa a expensas de no tener esperanza alguna o elige no elegir; «elegí la deriva: *continúo*» (*ibid.*).

¹² Es interesante, en este punto, contrastar en el mismo desierto las apariciones, los espejismos. Si los pensamos desde lo que señala Deleuze sobre Nietzsche y recopilando lo dicho por este en «Sobre verdad y mentira en sentido extramoral», captamos que la verdad no es más que un mero andamiaje, más complejo que aquel construido por las abejas, sus panales y su cera, que nos permite sostener y paliar esta búsqueda incesante de la verdad. «El mundo verídico no es separable de esta voluntad [de verdad], voluntad de tratar este mundo como apariencia» (Deleuze, 1998, p. 136). Esta voluntad por la verdad, como señala Deleuze más adelante, quiere reducir la vida, disminuirla, incluso habla de una voluntad de la nada (Deleuze, 1998, p. 137). Esta voluntad y las fuerzas reactivas, que buscan hacer de esta tendencia la única, conforman el ideal ascético. El desierto queda obturado por una anquilosada producción nihilizante. El morador del desierto pasa a ser un fanático por la nada. El desierto no es sinónimo de verdad, como señala Nietzsche «las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son» (Nietzsche, 2015, p. 28). Las consecuencias de esta alienación o reificación conllevan lo que más adelante señala aduciendo que «gracias solamente al hecho de que el hombre se olvida de sí mismo como sujeto y, por cierto, como sujeto artísticamente creador, vive con cierta calma, seguridad y consecuencia» (Nietzsche, 2015, p. 31), lo cual nos recuerda a la figura del retórico. Por otro lado, el persuadido, habitando el mismo desierto que el retórico, no olvida sino que elabora desde el recuerdo mediante un proceso de destrucción creativa, ese mismo sujeto artísticamente creador del que habla Nietzsche.

equivalencia en la que no vemos un absoluto como la felicidad, sino algo humilde y coherente con la conciencia del tiempo y su paso: la alegría¹³.

Conclusiones

Michelstaedter, en palabras de Paolo Magris, dirá que «la vida no es otra cosa sino la perenne voluntad de ser otra cosa que lo que es, siempre y en todo momento, porque nunca llegará la satisfacción; nunca puede llegar» (Michelstaedter, 2014, p. 197). Ante esta constatación, este dolor de la existencia, la salida del retórico es la de vivir «para no sentirse morir» (Michelstaedter, 2014, p. 198). En cambio, la salida del persuadido es la de vivir cada momento como si fuese el último, no lo efímero sino «captar la *eternidad* que allí esté depositada» (Michelstaedter, 2014, p. 200). La eternidad, lo eterno, aquello que pertenece al campo de lo absoluto, como ya hemos visto en este artículo, es aquella condición humana misma, el dolor consecuente del fracaso de ser otra cosa de lo que se es. La persuasión así, haciéndonos partícipes de esta eternidad, de lo absoluto, no es algo que pueda sistematizar, nominalizar o elaborarse mediante una formulación matemática que pueda condensar lo que supone.

Al entender de Paolo Magris, al igual que Claudio Magris o Massimo Cacciari, la persuasión no es algo que pueda poseerse o transmitirse, sino que ello nos posee. Por esta razón repite varias veces Michelstaedter que el persuadido abre campos de sentido con su conducta; su mera presencia supone, inintencionadamente, un cambio de plano interpretativo. Darse al encuentro con el persuadido es comparable a la presencia de una obra de arte en movimiento, una conducta de la que se desprenden matices de potencialidades desveladas por las que fluir, devenir. Con cierta resonancia a los posteriores situacionistas, Carlo Michelstaedter focaliza su atención, como ya comentamos, en la formación del espíritu, del carácter, el dejar atrás la minoría de edad, o como se diría en psicoanálisis atravesar el fantasma o, esquizoanálisis, hacerse un cuerpo sin órganos. Darse un grado de autonomía tal que le permita a uno hacerse cargo de su propio temor a la muerte sin caer preso de la seguridad, el futuro sintético y demás trampas que propone la sociedad y, por aquel entonces, la ideología liberal burguesa.

¹³ Con esta afirmación final sobre la persuasión como aquello que concibe en relación de equivalencia el dolor y la alegría, recordamos lo que señalaba Lacan al final de su enseñanza. Lacan, en el *Seminario XXIII*, subtítulo *El sinthome*, indica que lo verdadero causa placer, pero no tanto lo real (Lacan, 2006, p.76), el síntoma difiere de la verdad precisamente por esta constatación del dolor. La clínica que propone Lacan, al menos hacia donde él se dirigía, buscaba tratar a gente a que le resultase placentero decir la verdad en lugar de gozar su síntoma (*ibid.*), lo que conllevaría recurrir constantemente a la figura del retórico y sus muletas.

Frases como «él [el persuadido] debe respetar en ellos [los otros retóricos y potenciales persuadidos] aquello que ellos no respetan de sí mismos» (Michelstaedter, 2014, p. 210) dan cuenta de esta «pedagogía política» de Carlo. Una, diríamos, ontología política de lo inacabado, siempre en devenir creativo. Un saber estar, darse al encuentro con el otro procesando una fe «que no puede enseñarse, ni hacerse lógica» (Michelstaedter, 2014, p. 233). Mientras el retórico se pierde en lo dicho, en una infinidad de justificaciones y razones por las que acoger su dolor existencial y darle una salida, un anudado, que permita darle un sentido, una teleología, devenir con-sentido, el persuadido da un paso atrás y reconoce el decir mismo, el enunciante, aquel que sostiene los sentidos, quien los crea mediante severas aglutinaciones experienciales mientras continúa la vida y la época que le tocó vivir.

Aún con todo, y a pesar de cierta prevalencia en los escritos de Michelstaedter por la figura del persuadido, el retórico, como ya mencionamos, conceptualiza una tendencia inevitable en la conducta. El lazo social está presente, provisto a plena vista por todos, ya sea mediante la condescendencia, fijaciones objetuales debido a tendencias culturales generales y la consecuente reunión en séquito, tecnologías afectivas como la envidia, el amor, la amistad, etc., al sentir de Carlo Michelstaedter se presentan fabricadas con un sentido ideológico profundo que se ha instalado en la psique de cada recién nacido transferido por el deseo mismo sus progenitores y cercanías.

Como señala Claudio Magris en *Aquellos lejanos años del Instituto de Gorizia*:

[Carlo Michelstaedter] No vivía ni en la plenitud de la persuasión ni en la falsedad de la retórica, sino en otra dimensión; vivía con la exigencia, pero no con la posesión de una vida verdadera, sabiendo que no la tenía y sin dejarse engañar por la retórica, sin hacerse la ilusión de que el ceremonial del trabajo y la cultura pudieran suplir esa carencia. Es la dimensión más difícil, la que vivimos cada día, cumpliéndose en el complejo engranaje de nuestra apremiante vacuidad, pero sin explicaciones, sin el convencimiento de que esa nada pueda salvarse. (Michelstaedter, 2014, p. 238)

Más que cartografiar la existencia con sendos conceptos, Michelstaedter los transformó en fantoches superyoicos. En lugar de señalar tendencias, vectores, directrices por las que la conducta puede apuntalarse, se tomaron exigencias morales, bien y mal categóricos. Como indica Magris en la cita que acabamos de ver, Carlo rechazó la ilusión, la mentira que supone el lenguaje, el sentido, toda construcción que obture una carencia

original, un temor a la muerte apabullante y una soledad abismal¹⁴. Pero es, justamente, la imposibilidad por otra parte por alcanzar esa verdad, ese plano que la ciencia deja de lado para elaborar sobre el saber. La verdad no puede decirse entera, siempre habrá medias verdades, ilusiones, mentiras que tocan, rozan, aquello indecible. No hay suficientes palabras para decir *toda* la verdad (Lacan 1993, p. 133). Como consecuencia del pensamiento moderno, el refugio en el saber supone depositar la creencia de lo divino, sostenerla, bajo el cobijo de saberes estructurales que dan cuenta de la realidad. Michelstaedter palpó la holgura del sinsentido de las palabras sueltas, las formulaciones, y el fracaso mismo de estas por transmitir, comunicar aquellas voces que le atormentaban. Fue así como, al ubicarse un objetivo demasiado elevado, por más que estuviese edulcorado con un pensamiento vanguardista, contiene las trazas de un espíritu que busca ansiosamente la salvación en la autenticidad del persuadido.

Pero más allá de estas consideraciones, aquello a lo que nos insta Michelstaedter es a la aniquilación definitiva de la espera, esperanza, *wishful thinking*, a esas largas colas a las puertas de templos pluridimensionales y polivalentes del consumismo evocados a la suplencia de imágenes mentales, siluetas fluorescentes, Carrots® que catalizan el vacío de los asnos mientras la maquinaria moledora funciona codificando. Carlo apunta a la figura del persuadido para salir de ese estado vegetativo del «entretanto» (Michelstaedter, 2014, p. 244) proponiendo una filosofía práctica, en que la acción supone la puesta en funcionamiento de los límites del cuerpo y desde la dicha del mismo en movimiento, de esa inmanencia, darse la gracia de, por un momento, dejar de ser para devenir. Es por ello que, como señala Magris, la ironía y la humildad son necesarias para permitir desvanecer la estratificación a la que tiende la repetición y la obsesión del pensamiento que no cuenta con la alegría de la sabiduría sino con el canónico y edificante saber que insiste en la ilusión de lo absoluto, de poseer la verdad *toda* y la capacidad de poder articularla.

La humildad rebaja esta hipertrofia reflexiva y la ironía relativiza los pensamientos, desvinculándolos de la maldad o la bondad de los mismos para percibirlos no como mandatos divinos sino, por otro lado, deshilachados trazos de una verdad indecible que

¹⁴ Una resolución neurótica frente al complejo de castración, que, en lugar de tomarlo como posibilitador, lo ve como coartador, cercenador, etc., de aquello precioso, una especie de tesoro en el que se oculta una verdad, una pureza que constantemente se ve afectada por las pretensiones amenazantes de dicha castración. Lo que porta en sí esta, la castración, es el trasvase de la impotencia del padre y su resolución, siendo esta última la carga de la herencia, una forma para lidiar consigo mismo. A esto se refiere Michelstaedter cuando nos insta a hallar nuestro camino partiendo desde la insatisfacción o el dolor. La función paterna como corte del goce queda siempre en suspensión por algo mejor, más auténtico, más propio, lugar que marca precisamente la impotencia que no cesa de manifestarse *mientras* o «entretanto» (Michelstaedter, 2014, p. 244) no se realice dicha operación (Mascogliato, 2016, p. 36).

habita en uno. Ello nos pone en la senda hacia la inalcanzable persuasión, sin negar la retórica, nuestra muleta¹⁵ para nuestra coja existencia (Michelstaedter, 2014, p. 246), sino tomarla sin miedo ni vergüenza (*ibid.*), puesto que no es más que una forma de vida, como lo es la ideología burguesa, que triunfa por encima de otras que lidian con las mismas condiciones existenciales, aunque hay un aspecto que no ha sido mencionado, y es precisamente la desigualdad material más que la espiritual o ideológica. No se trata de una cuestión de perspectivismo, como apuntaría Ortega y Gasset, o Gramsci en referencia a la superestructura, sino, por el contrario, de una cuestión arquitectónica, paisajista, narrativa, que bien podría definirse como *atmósfera*, cual sustrato condicional de toda situación. Lo atmosférico, desde la reflexión de Michelstaedter, nos concierne en la medida en la que solo se explora en los márgenes de la lectura de sus textos. Aparece, llegado un punto, bajo la característica forma de quiebre discursivo. En dicho quiebre, o esquicia, lo que podemos hallar es una renegación de una realidad que se presenta contraria a un *deber ser* y por ende a un *ser* en potencia que halla sus contrariedades e imposibilidades. Es precisamente en este punto en el que lo atmosférico porta la condición de imposibilidad. Las condiciones de imposibilidad que contempla Michelstaedter quedan manifiestas en cada uno de los matices que se desprenden del retórico. El problema está, consideramos, en que el persuadido no es una figura opuesta al retórico, sino que precisamente ambas son las constataciones de estas mismas condiciones de imposibilidad. Es por ello que antes, previo a la presentación de sendos conceptos hablábamos de estos como puntos, marcas, para una cartografía que permite mapear, en este caso y siguiendo las anotaciones de Mimmo Cangiano, la *atmósfera* burguesa de la que Michelstaedter anhelaba exiliarse.

Para terminar con estos meros apuntes conclusivos, presentaremos una última consideración al respecto de estos conceptos, recordando que hay tal cantidad de matices en la obra del filósofo italiano que nos resulta titánica su síntesis en un mero artículo. Michelstaedter, a nuestro parecer, conserva en el seno de su pensamiento la tensión que suele manifestarse del siguiente modo: «¿A quién hago caso?». Por un lado, se presenta una

¹⁵ Tiqqun al diseccionar el dispositivo de *La Jovencita* indica que esta «concibe la libertad como la posibilidad de elegir entre mil insignificancias» (Tiqqun, 2012, p. 110) y, bajo el pseudónimo esta vez de Comité Invisible, señala que «mientras tanto [el entretanto de Michelstaedter], YO controlo. La búsqueda de mí mismo, mi blog, mi piso, las últimas tonterías de moda, las historias de pareja, de ligues... ¡cuántas prótesis se necesitan para ostentar un YO! Si "la sociedad" no se hubiera convertido en esta abstracción definitiva, designaría el conjunto de muletas existenciales que se me tienden para poder arrastrarme aún; el conjunto de dependencias que he contraído en pago de mi identidad. *El minusválido es el modelo de la ciudadanía que viene* [...]. La conminación, omnipresente, de ser "alguien" sustenta el estado patológico que hace necesaria a esta sociedad. La conminación a ser fuerte produce debilidad a través de la cual se mantiene, hasta el punto de que *todo parece adquirir un aspecto terapéutico*, incluso trabajar, incluso amar» (CI, 2009, p. 36).

tendencia afectiva cuyo mandato señala una captación sensible, corpórea. Por el otro, una adecuación de este sentir al orden simbólico, procedimental, secuenciado por el cual uno puede compartirse con el otro. Así, entre dos mandatos, entre dos *deber ser*, Carlo los apuntala con sendos términos, la persuasión y la retórica, obturando en una analítica del mandato la posibilidad de una mejora, un cambio de paradigma, una apertura a otra cosa. En términos psicoanalíticos podríamos considerar esta disputa como parte del tránsito edípico. El retórico tiende a ser perdonado, pero su crítica es feroz, en cambio, el persuadido se presenta como la salvación, lo ostentado, lo deseado, goce genital absoluto. La resolución, que hemos considerado óptimo presentar así en este artículo, es la de tomar estos conceptos más allá del bien y el mal, para centrarnos en su utilidad práctica, desbrozando ese fantoche superyoico con el que Michelstaedter, con su espíritu poético, los sobrecarga.

Así, la retórica y la persuasión, podríamos comprenderlas como: los poderes de lo falso y la potencia de la ontología transitoria. Dicho con otras palabras, la retórica señala la posibilidad que brinda la creación de elementos provisorios para solventar incidencias situacionales de carácter político, medioambiental, económico o sentimental. Por otro lado, la persuasión contempla precisamente la incipiente e insistente presencia de lo anárquico en las distintas transiciones por las que una vida atraviesa. De este modo, la seguridad del futuro a la que el retórico se suscribe, frente al temor a la muerte, es una solución provisoria frente a la imposible asunción en la que se halla el persuadido. El retórico no huye de la muerte sino del persuadido y el mandato descuartizador que se percibe de su presencia auténtica. Asimismo, al persuadido le resulta insoportable la incapacitación analítica del retórico al sumirse este en lo inauténtico.

Consideramos que la cuestión no se trata de una ética de la autenticidad, sino que por otro lado concebimos dos modos de conciencia: *en* mediación o *con* ella. Dicho con otras palabras, asumir la minoría de edad creando complejos sistemas existenciales que la sostengan o reconocer la imposibilidad de trascenderla y hacer de la presencia una problemática persistente que requiere una constante revisión, actualización, destitución y destrucción. Hallarse *en* mediación, como suponemos al retórico, conlleva el ser partícipe de los procesos civilizatorios en curso. En cambio, estar *con* la mediación implica aperebirse partícipe de dichos flujos, lo que establece un espacio abierto a la diferencia y por ende a la puesta en cuestión de los mismos *savoir-faire* y formas de vida que se han instituido y estratificado, lo cual nos lleva nuevamente a la crítica de la ideología liberal y burguesa, como señala Mimmo Cangiano.

Lo que nos ofrece Michelstaedter pues, con la figura del persuadido, es una posición crítica, un estilo y un objeto sobre el cual aplicar la analítica poética que ofrece esta topología siempre en transición. Será en nuestra revista *Exosui* en la que continuaremos con otros comentarios aledaños y marginales de esta obra, siguiendo la estela de un escrito no muy mencionado de Winnicott titulado «Deformación del ego en términos de un ser verdadero y falso», del 1960, en el que, prosiguiendo con el estudio de los conceptos de Carlo, exploraremos otras dimensionalidades cartográficas y las potencialidades de los mismos.

Bibliografía

Obras principales

MICHELSTAEDTER, C. (1958) *Opere*. Compilado por Gaetano Chiavacci. Bologna: Ed. Sansoni Firenze.

—(1983) *Epistolario*. Compilado por Sergio Campailla. Milano: Ed. Adelphi.

—(1987) *Poesie*. Compilado por Sergio Campailla. Milano: Ed. Adelphi.

—(1988) *Il dialogo della salute*. Compilado por Sergio Campailla. Milano: Ed. Adelphi.

—(1995) *La persuasione e la rettorica. Appendici critiche*. Compilado por Sergio Campailla. Milano: Ed. Adelphi.

—(2009a) *Dialogo della salute e altri scritti*. Compilado por Giogio Brianese. Milano: Ed. Mimesis.

—(2009b) *El diálogo de la salud y otros diálogos filosóficos*. Traducción por Marta Pino Moreno. Barcelona: Ed. Marbot.

—(2010) *La melodía del giovane divino*. Compilado por Sergio Campailla. Milano: Ed. Adelphi.

—(2011) *Melodía del joven divino*. Traducción de Antonio Castilla Cerezo. Madrid: Ed. Sexto Piso.

—(2014) *La persuasión y la retórica*. Traducción de Rossella Bergamaschi & Antonio Castilla. Madrid: Ed. Sexto Piso.

Lecturas complementarias

BARTHES, R. (1993) *Fragmentos de un discurso amoroso*. Traducción de Eduardo Molina. Madrid: Ed. Siglo XXI.

CANGIANO, M. (2019) *The Wreckage of Philosophy. Carlo Michelstaedter and the Limits of the Bourgeois Thought*. Toronto: Ed. University of Toronto Press.

- DELEUZE, G. (1998) *Nietzsche y la filosofía*. Traducción de Carmen Artal. Barcelona: Ed. Anagrama.
- LACAN, J. (1993) *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*. Traducción de Oscar Masotta & Orlando Gimeno-Grendi. Barcelona: Ed. Anagrama.
- (2006) *Seminario XXIII. El Sinthome*. Traducción de Nora A. González. Argentina: Ed. Paidós.
- (2010) *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Traducción de Juan Luis Delmont-Mauri & Julieta Sucre. Argentina: Ed. Paidós.
- LAPLANCHE, J., PONTALIS, J.-B. y LAGACHE, D. (2004) *Diccionario de Psicoanálisis*. Traducción de Fernando Gimeno Cervantes. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- MASCOGLIATO, D. (31/10/2016) *Lacan y la declinación del padre*. Universidad de la República de Uruguay: Tesis de grado.
- NIETZSCHE, F. (2015) *Sobre la verdad y mentira en sentido extramoral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento*. Traducción de Manuel Valdés & Santiago Guervós & Manuel Garrido. Madrid: Ed. Tecnos.
- SHAKESPEARE, W. (1988) *Hamlet*. Compilado por David Bevington. Estados Unidos: Ed. Bantam Books.
- TIQQUN (2012) *Primeros materiales para una teoría de la Jovencita. Seguido de «Hombres-máquina: modo de empleo»*. Traducción de Diego L. Sanromán & Carmen Rivera Parra. Madrid: Ed. Acuarela & A. Machado.
- TIQQUN/COMITÉ INVISIBLE (2009) *La insurrección que viene*. Traducción de Yaiza Nerea Pichel Montoya y José Pons Bertran. España: Ed. Melusina.